

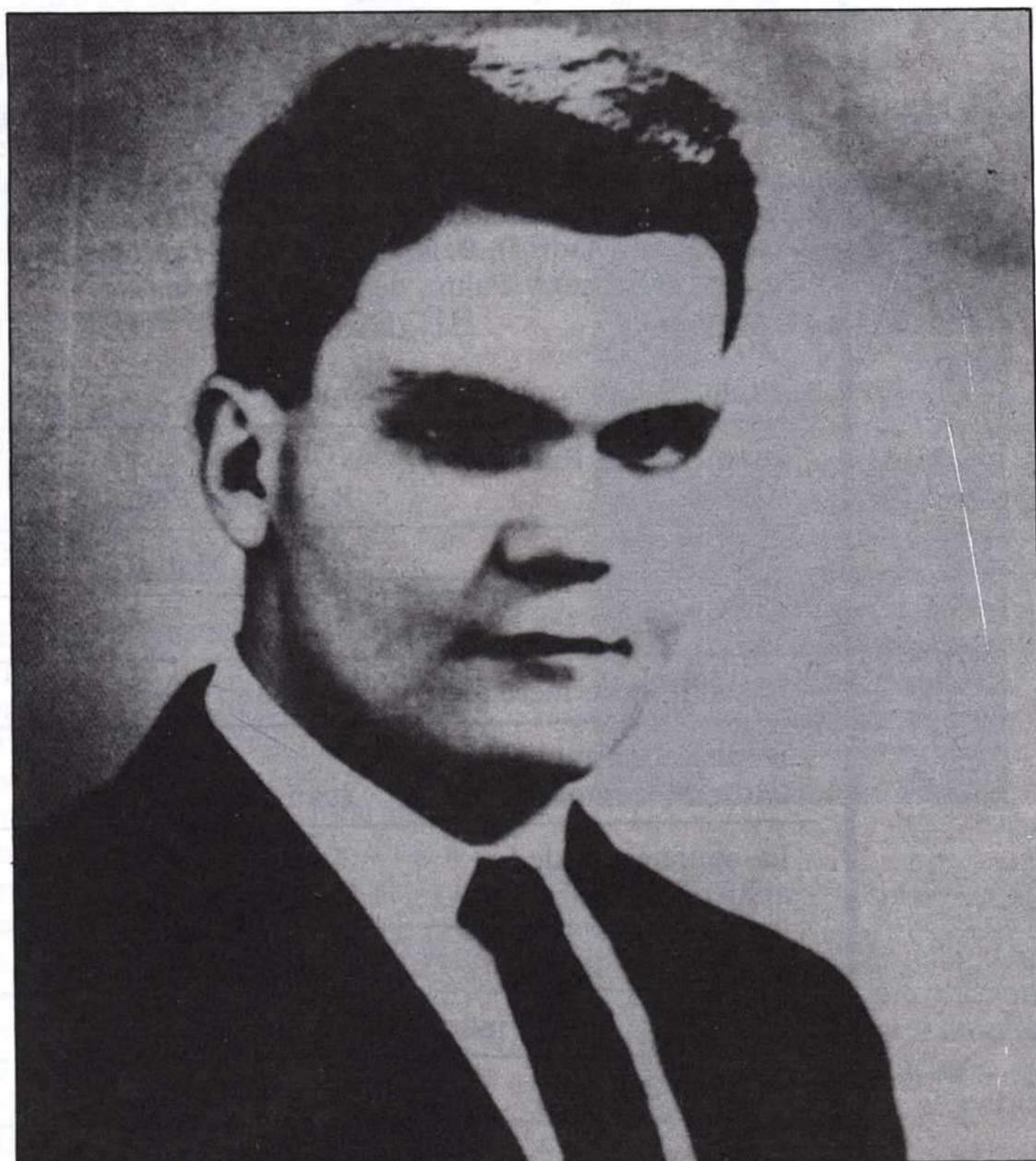
Kennedy Toole, un genio efímero

por Carlos G. Bárcena

El pasado año se cumplió el 30 aniversario de la muerte por suicidio del escritor norteamericano John Kennedy Toole, cuando contaba con tan sólo 32 años de edad y un atribulado pasado de gris profesor en el Dominican College de Nueva Orleans.

Se dice, y parece ser verdad, que la decisión de suspender su vida fue fruto de los continuos fracasos en el intento por publicar un libro, *La conjura de los necios*, a la postre premio Pulitzer y uno de los más aclamados *bestsellers* de los últimos tiempos; todo ello por obra y gracia del esfuerzo y la obstinación de su madre, Thelma Ducoing, quien recorrió editorial tras editorial con el manuscrito de lo que por entonces no era más que un montón de papeles indescifrables, hasta hallar a la persona indicada —el destino quiso que fuese el novelista Walker Percy— que supiese valorar el talento de su hijo.

El éxito fue arrollador, la conmoción total, e Ignatius Reilly, el quijotesco protagonista que el autor traza de forma esplendorosa en *La conjura...*, entraría por la puerta grande en el pabellón de los mitos literarios de nuestro tiempo. A su vez, la crítica norteamericana, por otro lado tan



JOHN KENNEDY TOOLE.



propensa al desparrame verbal, encontraba, desaparecido Truman Capote, un nuevo genio contemporáneo al que poder sacralizar.

«La Biblia de neón»

El siguiente episodio de la historia lo ocupa la segunda novela del autor, en cuanto a su difusión en el mercado se refiere, escrita a los dieciséis años y publicada tras innumerables litigios y enfrentamientos.

Una vez aparecida *La Biblia de neón*,* la comparación con la anterior obra parecía inevitable. Para todos aquellos a los que el garbo desaliñado de Reilly nos había cautivado por su desfachatez, su insolencia y su crítica implacable a la decadencia de nuestro siglo, las páginas del nuevo libro suponían algo así como el intento de retomar aquel aliento y comprobar lo que era capaz de crear el autor en su adolescencia.

Pues bien, tras su lectura, *La Biblia...* merece ser tenida como una novela acabada, que no perfecta, de un chico de dieciséis años. Un ejercicio literario ejecutado con rigor y buena disposición, pero obviamente sin el temple y la contención que el paso del tiempo concede.

Es imposible hallar en ella la precisión y el tino de una obra escrita y reelaborada decenas de veces como lo fue *La conjura...* Sin embargo, es cierto que más allá de algunas torpezas, la *opera prima* de Toole muestra unas hechuras de gran narrador, posteriormente confirmadas y desarrolladas con creces.

Anuncia, sin duda, el germen de un escritor sutil e incisivo, capaz, sólo como los grandes, de zambullirse en la realidad para desmenuzarla con las armas del humor y la ironía.

Es, pues, una gran obra de juventud como pueden serlo las de Truman Capote, William Faulkner o Hemingway, que hoy releemos sin complejo alguno.

Escritura obsesiva

Un rasgo distintivo en la producción de Kennedy Toole es su carácter obsesivo. Cuenta Kenneth Holditch, en el prólogo del libro, que un día el autor y su madre salieron para divertirse y aparcaron el coche ante un letrero luminoso que tenía la forma de libro abierto con las palabras «Sagrada Biblia» en una de sus páginas. Esta imagen obsesiva comenzaría a larvar en su cerebro el tremendo y abigarra-

do ambiente descrito en *La Biblia...*, y sucesivamente se irá repitiendo a lo largo del relato como un tintineo absurdo y confuso.

La historia transcurre en el sur de los Estados Unidos. Se desenvuelve en un espacio hermético y obscurantista ensombrecido por el fanatismo religioso de sus habitantes y la poca permeabilidad de sus costumbres.

El autor narra en ella la sórdida infancia y adolescencia de un chico apocado —David— que pasa de puntillas por la vida, casi sin hacer ruido.

En sí todo el libro es un *flash-back* en el que el protagonista recrea con amargura y sordidez su biografía: la relación con su madre, el rancio encanto de la tía Mae —personaje éste caracterizado de forma magistral—, el primer empleo, su descubrimiento del amor y la experiencia de la muerte.

Es un viaje sin retorno en el que reina una cierta confusión provocada ya desde el arranque mismo del libro. Se ignora quién es el viajero, cuáles son los motivos del viaje. No hay destino ni localización precisa. El protagonista huye sin orgullo porque no es un héroe, antes bien, es un ser opaco y desgraciado.

Hasta aquí, el legado literario de John Kennedy Toole, con su mitología y su certeza, su exceso y su realidad. Finalmente, cabe argüir aquello de lo que pudo haber sido y jamás llegó a ser. Si echamos mano de lo hipotético podríamos llorar la pérdida, para la literatura, de un escritor de expectativas truncadas en el que todo podría haber sido posible.

Por el contrario, si atendemos a su producción literaria, habremos de convenir que Kennedy Toole fue un escritor excepcional, un genio si se quiere, aunque eso sí, efímero.

* Kennedy Toole, *La Biblia de neón*, Anagrama, Barcelona, 1989.